

RESISTENCIA

Toño Malpica – 22° Foro internacional por el fomento del libro y la lectura

Aparta los ojos de tu cuaderno. ¿Qué más da? Es sólo un momento. La tarea de matemáticas puede esperar. ¿O es de historia? Qué más da. Esa pila de libros lleva varios días ahí, esperando. Y el hombre (¿o mujer?) que te la ha puesto al alcance, también lleva varios días aguardando. Aguardando el momento en que te decidas. ¿A qué? A abrir uno, por lo menos. El de arriba, tal vez, el más próximo, el de letra más grande, el de portada más bonita. ¿Qué más da? Pero toma uno. El que sea. Llévalo a tu lado. Palpa la cubierta. Ábrelo.

Permítaseme afirmar que sí es un momento mágico, prodigioso, casi fantástico y sobrenatural. Porque no hay nada probadamente científico a lo que se le pueda adjudicar. Supongo que si lo hubiera, en vez de cientos de campañas de promoción de la lectura, aplicaríamos el método en cada uno de aquellos a los que queremos convencer, integrar, seducir, cautivar. En cada escuela, en cada casa, se echaría mano del instructivo, se seguirían los pasos correspondientes, se conseguiría un resultado satisfactorio y seguiríamos con nuestras vidas, felices de contar con un adepto más. Pero no funciona así porque es algo, ¿ya lo dije?, mágico, prodigioso, casi fantástico y sobrenatural. Es como un estar en el momento y lugar adecuados de una manera más afortunada que estudiada; y recibir el soplo divino, encender la chispa para descubrirse, de pronto, del otro lado de la línea que divide a los lectores de los no lectores.

El bullicio más allá de la puerta no te afecta. Están los otros chicos jugando, gritando, riendo. Tú, en cambio, te encuentras a solas en el último lugar en el que un muchacho de doce años quisiera estar a la hora del recreo: la biblioteca. Y has decidido que, ya que no has de estar del otro lado de esa puerta, puedes aprovechar el tiempo haciendo la tarea. De matemáticas o de historia, da igual. En realidad lo que quieres es estar lejos, estar en silencio, estar por estar. Estar bien y estar en paz.

Si existiera el método, el manual, la receta, la fórmula, la “Guía Fácil para convertirse en un verdadero lector en siete divertidísimos pasos”... con toda seguridad formaría parte integral de todos los programas de educación, todos los cursos, todos los seminarios. Se tendría muy en cuenta en esa búsqueda del éxito y la felicidad a la que nos sentimos llamados (y programados) desde pequeños. Se aplicaría en cada momento y en cada lugar del mundo.

Y acaso no habría diferencia entre agotar las páginas de, digamos, “Cien años de soledad” y...

Contar con los muebles idóneos, de Ikea por ejemplo, en el despacho.

La última versión del iPhone sobre el buró de fina caoba.

Asientos de cuero en el auto. BMW, por supuesto.

Leer conllevaría esa sonrisa plena de quien sabe que ha conquistado una cima de la realización personal.

Hoy, al menos, puede ser un jueves, puede ser un viernes, te has decantado por la seguridad y el cobijo de un sitio en el que sólo están tú y varias mesas vacías y el bibliotecario (¿o era bibliotecaria?) y el silencio. Y no están tus amigos contigo pero tampoco aquellos que te hacen sentir mal por bajito o por enclenque o por tímido o por tener las orejas demasiado grandes. Y por esos veinte minutos que dura el receso eres otro. Que en realidad, vaya, no es otro sino el verdadero tú, el más genuino. Aquel que no tiene que fingir ser fuerte o jovial o indiferente. El que no tiene que fingir que le da lo mismo tener las orejas demasiado grandes. Y por eso la tarea de matemáticas o de historia a una hora en la que deberías estar del otro lado de la puerta jugando, gritando, riendo. Y por eso, la súbita necesidad de tomar un libro de la pila, qué más da. Y palpar la cubierta. Qué más da. Y leer el título. “Los tigres de Mompracem”. Y hacerte mil preguntas. Y, con indolencia, sí, abrirlo.

Terminar un libro y sorprenderse abrazándolo. Llorar con la muerte de un personaje. Anticipar la suerte de un héroe. Nadie que haya pasado por eso se atrevería a compararlo con alguna cima de la “realización personal”; del mismo modo que nadie se atrevería, cuando se enamora, a apuntarse un tanto por ello en su agenda de vida (“Saltar en paracaídas”; check. “Correr los sanfermines”; check. “Enamorarse”; check). Se cae en la lectura como se cae en el amor. Nadie que se enamora se atreve a dar lecciones de ello. No hay un instructivo, una receta, una fórmula, nada probadamente científico que permita que alguien que haya caído en esa maravillosa indefensión de rendirse a otra persona pueda pasar el secreto a alguien más. Te ocurre y ya. Y un buen día, puede ser un jueves o puede ser un viernes...

Capítulo 1. Los piratas de Mompracem. En la noche del 20 de diciembre de 1849 un violentísimo huracán azotaba a Mompracem, isla salvaje de siniestra fama, guarida de temibles piratas situada en el mar de la Malasia, a pocos centenares de kilómetros de las costas occidentales de Borneo. Empujadas por un viento irresistible, corrían por el cielo negras masas de nubes que de cuando en cuando dejaban caer furiosos aguaceros, y el bramido de las olas se confundía con el ensordecedor ruido de los truenos.

No suelo hablar mucho de ese momento que me salvó la vida porque prefiero verlo, a la distancia, con humorismo y limpio de rencor. Pero es verdad que fue el miedo, el hartazgo, la necesidad de estar lejos del bullicio, estar bien y estar en paz, lo que me hizo, en la escuela secundaria, refugiarme varias veces en la biblioteca huyendo de aquellos que me molestaban. Y es verdad que fue un bibliotecario (o bibliotecaria (así de pobre e injusta es mi memoria)) quien me invitó a leer poniendo una pila de libros a mi lado para que tomara el que yo quisiera cuando yo quisiera. Y es más que la verdad que ese simple y respetuoso gesto de un lector adulto, a la distancia de un pasillo y varias mesas vacías, me salvó la vida. Sí. Me la salvó. En el sentido más puro de la acepción. Pues me la regaló. Y para siempre.

Termina el recreo. Han sido menos de veinte minutos de lectura pero tú ya estás encantado. Encantado, hermosa palabra en la que caben la magia, lo fantástico, lo sobrenatural. Y deseas continuar porque nunca antes habías sentido que un mundo te absorbía, te reclamaba para sí, te sacaba del miedo y del hartazgo y te llevaba a la comfortable seguridad de su historia, paradójicamente llena de la furia de las tempestades, atrapada para ti, y sólo para ti, entre dos portadas. “¿Me lo puedo llevar en préstamo?”, dices. “Claro”, responde él o ella. Y todo está hecho.

Hoy tengo una vida bastante plena porque hace treinta y ocho años descubrí la lectura. O, mejor dicho, alguien me abrió las puertas de la lectura y confié en que yo las traspasaría. Luego me hice escritor y, finalmente, autor de libros para niños y jóvenes. No es justo ni correcto trivializar la labor de quien me puso en este camino de una manera tan anónima que olvidé incluso si era él o ella. Por ello estas tardías letras en las que ofrendo el testimonio. Si este ángel incidental no hubiese hecho el camino del mostrador a mi mesa, si no hubiese puesto a mi alcance esos libros, si hubiese dejado pasar el incidente extraordinario de un chico en la biblioteca cuando debería estar jugando... acaso yo no estaría aquí, en este momento, leyendo estas líneas. Acaso varios puñados de historias que ostentan mi nombre en la portada no existirían. Acaso habría perdido la vida. Esta vida. La que ahora vivo. Y por ello le estoy sumamente agradecido.

Me han pedido que escriba un texto para hablar de libros y literatura para la resistencia de las infancias latinoamericanas. Y yo no he podido sino remitirme a aquella infancia que, a bordo de una nave repleta de sanguinarios piratas, fue más llevadera gracias a un señor llamado Emilio Salgari que, en su momento, agobiado por la depresión, decidió quitarse la vida, y a un anónimo bibliotecario que lo conocía bien. En un mundo en el que no existía ni la remota posibilidad de ver una película en la pantalla de un teléfono, las luchas de Sandokán y Yáñez sobre el papel mostraron a un niño mexicano que la lectura, pese a ser un acto solitario y silencioso, también es revolución y también es resistencia.

Increíble que a Don Emilio no lo hayan podido salvar sus propios personajes cuando a este que habla ahora lo salvaron y con creces. Lo cobijaron en medio de la tormenta y le permitieron portar

un sable para formar parte de la lucha, pelear contra la colonización británica y, entre la puerta y la página, sentirse en paz y sentirse bien.

Las injusticias. La amargura. La incompreensión de los otros. Existen en todos los sitios. Existían en tiempos de Salgari y en tiempos de ese niño mexicano y en tiempos de ese otro niño, latinoamericano y global, que puede ver una película en la pantalla de su propio teléfono. Y aunque es verdad que son las historias y los personajes los que nos sacuden, en realidad es la palabra la que nos salva. Porque es cuando se lee que la palabra se torna idea. Y es cuando la idea estalla en nuestro interior que puede anidar. Y es cuando anida en nosotros que nutre y fortalece. Mucho más que la imagen de un pirata preparando el arcabuz en HBO entraña en la mente de un niño leerlo y apropiárselo. Y poder decir, tácitamente: este mundo, esta roca, este vendaval, este pirata malayo, esta goleta, esta batalla son míos. Míos y de nadie más.

Abandonas la biblioteca. Te sumas a tu próxima clase. En el interior de tu mochila están esa roca, ese vendaval, ese pirata. Y es como si el mundo fuese distinto a partir de ahora. Y tú no lo sabes pero, en efecto, así será de ahora en adelante. Distinto. Mejor. Crecerás y te rendirás al olvido. Crecerás y algún día tomarás la pluma, la máquina de escribir, el procesador de textos. Crecerás y te invitarán a una ciudad argentina y te verás forzado a recordar. Que alguna vez te pareció el acto más cariñoso del mundo que alguien haya acercado una pila de libros a tu mesa, y el acto de mayor resistencia la callada entrega de ti mismo a una historia cuando todos los demás gritaban y reían. Y te verás forzado a leer, en esa misma ciudad argentina, del capítulo uno, al mismísimo Sandokán diciendo:

“—Sí, he sido despiadado con mis enemigos. Sin embargo, alguna voz se levantará para decir que también he sido generoso.

—No una, sino cientos; con los débiles has sido quizás demasiado generoso —dijo Yáñez—. Lo dirán las mujeres que han caído en tu poder y a quienes, a riesgo de que echaran a pique tu barco, llevaste a los puertos de los hombres blancos. Lo dirán las débiles tribus que defendiste contra los fuertes; los pobres marineros náufragos a quienes salvaste de las olas y colmaste de regalos, y miles de otros que no olvidarán nunca tus beneficios, Sandokán.”

Y añadirás tú mismo: Sí. Lo dirán los niños que te leyeron y creyeron que otro mundo era posible. Y que al final, al menos para sí, lo consiguieron.

Por ello gracias Sandokán, personaje imprescindible. Gracias señor Salgari, forjador de destinos dentro y fuera de la página. Gracias señor bibliotecario, señora bibliotecaria, el más generoso y anónimo y valiente de los héroes. Gracias por el acto más cariñoso del mundo, el que regala vida. Muchísimas gracias.